

CARTA PARA MI QUERIDO
NIETO

Mi querido y único nieto:

Cuando leas esta carta, ya no estaré por aquí. Si te preguntas el motivo por el cuál no te he dicho nunca lo que vas a leer a continuación, te responderé que no quería dejarme ningún detalle (de esos que se olvidan cuando uno está hablando). Además, quiero que seas plenamente consciente de las palabras que aquí te dejo como legado y que, si las encuentras motivadoras, las puedas volver a leer las veces que quieras cuando lo necesites.

Matías Miguel Rodríguez Cosío nació el día 20 de marzo de 1930. Vino al mundo entre sábanas sucias y llantos doloridos, y mientras su madre cogía en brazos sus tiernas manos mirándolo con dulzura, el llanto que manaba de su alma se acalló. Matías observó a su madre con sus grandes ojos verdes, silencioso como la noche y con las lágrimas que anteriormente inundaron su pequeño rostro secándose poco a poco. Era tan atenta su mirada que Francisca Cosío, su progenitora, por un momento se incomodó; mas era tal su encanto por el bebé que no dio importancia a la quietud de las pupilas del mismo.

A la edad de tres años, Matías seguía conservando la misma atención innata para observar su alrededor, como la conservaría hasta su último aliento. Ningún movimiento pasaba inadvertido ante sus verdes ojos; pero ese mismo don se compensaba con su dificultad para hablar. Con esos años apenas decía "mamá" y "papá". La preocupación de Miguel Antonio Rodríguez, su padre, impulsó al mismo a intentar, por lo menos, que el niño desarrollara sus capacidades mediante puzzles, así como juegos que algunas familias le daban por compasión hacia su pobreza, que se encargaron de que la observación de Matías se acentuara aún más.

Josefa, la anciana vecina de la casa de al lado, que sentía devoción por la literatura y las palabras, habiendo sido ella misma autodidacta en la disciplina mediante lecturas furtivas y una gran voluntad fruto de sus esfuerzos hercúleos por poseer el afán de aprender del que no todo el mundo dispone, decidió, una tarde de charla y café con Francisca, tomar partido en la progresión del niño en cuanto al lenguaje. Empezó a enseñar a Matías con tanto ánimo cómo hablar que el pequeño, en un año, avanzó tanto que, antes que muchos de los niños del pueblo, consiguió describir sus emociones con minuciosidad, así como los objetos a los que se refería e, incluso, el aspecto de sus padres.

En algún momento de la Guerra Civil, la muerte se llevó a su padre, arrebatándole años de amor en su hogar junto a su pequeña familia.

Matías creció con la tristeza de su madre, la ausencia de su padre, las lecciones de Josefa hasta los 10 años (edad la con que vio a la anciana despedirse de él para siempre) y los comentarios de los vecinos, que criticaban despectivos la personalidad tan diferente que tenía y su constante estado de aparente abstracción.

A los catorce años, en un intento por recordar a Miguel, Matías dibujó en un trozo de papel su cara. Para su sorpresa, el retrato de su padre quedó excepcionalmente bien. Lo había dibujado mediante figuras geométricas, recordando la forma del triángulo que unía los ojos y la nariz de su padre, la rectitud de su labio inferior, la línea curva que doblaban sus pómulos, las líneas paralelas que coincidían con la comisura de sus labios y las pupilas de sus ojos...

Fue entonces cuando Matías se dio cuenta de que no observaba las cosas por puro placer, sino que las desglosaba en líneas para memorizarlas; que no miraba el horizonte hundiéndose en el vacío de la mente de quien no piensa, sino que calculaba las distancias que conectaban un sitio con otro, y demás comportamientos que más de una vez le extrañaron a él mismo (por no decir a la gente del pueblo) tuvieron, de pronto, una resolución instantánea.

No tardó en darse cuenta, tampoco, de que era capaz de calcular la cantidad de veces que una persona podía gesticular diversas expresiones en un minuto, o que incluso sabía a qué velocidad correr para llegar, a una determinada hora, a un lugar en concreto.

La miseria de la década de los 50 en España envolvió al joven Matías en una oscuridad absoluta por el deber de cuidar de su madre, hundida en la penuria de un futuro incierto, además del vivir la peor pobreza que jamás conoció. Por esto, Matías dedicó sus días de juventud a buscar entre los escombros de la guerra una manera de subsistir; y para cuando logró atisbar un poco de luz en su edad adulta, habiendo superado la muerte de Francisca, ya había decidido dedicar el resto de sus días a cuidar de su descendencia y de su esposa.

Matías habría sido un matemático excepcional si no hubiera tenido que lidiar con la situación que, por cuestión de azar y otras cosas, le tocó vivir. Su talento se perdió en el tiempo y el mundo no conoció lo que era capaz de aportar.

Si esto, querido nieto, te entristece, debes saber que Matías, tu abuelo, no fue el único que vio sus posibilidades arruinadas por circunstancias que no dependían de él. A muchos nos ha tocado saborear el enfático amargor de tiempos difíciles que han truncado nuestro futuro; pero para ti no está todo perdido.

Desde el momento en que te vi, supe que tenías el mismo talento que yo. Me di cuenta al ver cómo observabas todo con tus grandes ojos verdes, siendo un bebé. Tú tienes la oportunidad de perseguir tus sueños, de ser ese matemático excepcional que no pude ser yo. El mundo te necesita para mejorar.

Puesto que las matemáticas son eternas y son la base de tantos avances de la sociedad, ¿por qué no ayudarlas?

Con cariño, tu abuelo Matías.